POESIA

Dice Ortega y Gasset en sus «Papeles sobre Velázquez» que la pintura es un modo de ser del hombre. De la misma manera la poesía de Leopoldo de Luis es un modo de ser él, un modo de ser hombre, «un respirar por la herida», una forma de expresar la entrañable realidad humana. De Luis nunca se ha ocupado de la poesía social, de la que opina que no es ni ha sido nunca una moda. En todo caso afirma que será un modo; un modo de entender la vida. Es un sentimiento tan válido como cualquier otro, como el sentimiento amoroso, como el sentimiento religioso, como la emoción del paisaje

LEOPOLDO DE LUIS

Poeta

«En poesía la palabra es la que sustituye al dolor»

JACQUE CANALES

CON el impresionismo los poetas quisieron, ante todo, que la materia de la poesía fueran las sensaciones. Los movimientos vanguardistas prefirieron recalcar que la poesía se hace con palabras. El surrealismo reivindica los estados del sueño, o más exactamente, del subconsciente onírico. Cuando Leopoldo dice que la poesía es «respirar por la herida», quiere aludir a todo ello en conjunto y le añade la emoción. Que esa herida le duela a los demás es el acierto del poeta.

Leopoldo de Luis pertenece a la generación de la posguerra, 1945. Ha dirigido la colección «Mensajes» y publicado numerosos trabajos como crítico y comentarista en las revistas «Insula», «Revista de Occidente», «Papeles de Son Armadans».

Leopoldo de Luis nace en Córdoba en 1918. En 1979 obtuvo el Premio Nacional de Literatura; libros suyos son «Antología de la Poesía Social»; «Antología de la Poesía Religiosa»; «La poesía aprendida»; «Antonio Machado, ejemplo y lección»; «Vida y obra de Vicente Aleixandre»; «Aproximación a la vida y la obra de León Felipe» y numerosos estudios sobre Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, Carmen Conde y otros poetas. «Agustín Millares» (1986); «Ensayos sobre poetas andaluces del siglo XX» (1986); «El hombre acecha: cancionero y romancero de ausencias» (con Jorge Urrutia) (1987); «Los caminos cortados» (prólogo de Vicente Aleixandre Antología del autor). Libros de poesía como «Los imposibles pájaros» (1949); «El extraño» (1955); «Teatro Real» (1957); «Juego limpio» (1961); «La luz a nuestro lado» (1964); «Igual que guantes grises» (1979); «Una muchacha mueve la cortina» (1983); «Del temor y de la miseria» (1985).

–Señor De Luis, dice usted que la poesía no debe ser narcisista, sino un encuentro con el «alter ego», con el otro yo que siempre somos. ¿Está conforme con su otro yo o le desasosiega?

–Uno nunca está conforme con el otro yo, porque precisamente en eso consiste su presencia en el corazón de cada uno, en la continua discrepancia, en la pugna entre lo que con frase de un gran poeta (Cernuda) podríamos llamar la realidad y el deseo. El otro yo es siempre un opositor que nos hace reflexionar ante cada momento, ante cada paso.

–En 1946 publica «Alba del hijo», una muestra del tema familiar en la poesía de posguerra. ¿Cómo era su poesía en este su primer libro?

–«Alba del hijo», por su época y por la edad del autor entonces, es un libro quizá más preocupado por la metáfora poética y por la expresión un tanto barroca. Yo salvaría hoy de él simplemente la emoción humana que lo sustancia, esto es, lo que le dio impulso más que su realidad escrita.

–En 1948 se edita su segundo libro, «Huésped de un tiempo sombrío», que usted dedica a su padre. Dice: «Amar fue un sueño baldío/ sólo la lágrima es pura». Este mensaje doloroso ¿es producto del momento que vivía?

–«Huésped de un tiempo sombrío» ya por el título hacer ver que está sustanciado en un acontecer problemático. Es uno de los momentos más graves de mi vida y creo que también de la vida española y, por tanto, la amargura que de él puede desprenderse está motivada por todo el contexto sociopolítico que está influyendo en el autor.

–Dice José Hierro que el poeta que está vivo lleva dentro todo el peso de su época. En la vida de usted, señor De Luis, hay una guerra civil, un encarcelamiento, pero también una profunda obra. ¿Qué ha supuesto para usted la poesía en todas esas circunstancias?

–Yo considero que si la poesía no es vida sí al menos es compañía de vida. Quiere decirse que va surgiendo en el acontecer diario y no hay en realidad ninguna circunstancia, no hay ningún suceso grave que no repercuta de alguna manera en la obra del poeta. En ese sentido yo estaría conforme con una afirmación ya clásica de que, en el fondo, toda poesía es de circunstancias.

De Luis considera que, en el fondo, toda poesía es circunstancias.

«La crítica realiza una labor imprescindible en la cultura. Eso no quiere decir que uno se ponga a escribir un libro pensando en la crítica»

–Volviendo a su libro «Huésped de un tiempo sombrío», en su bellísimo verso «Por un cielo de plomo un ángel claro llora» dedicado a José Luis Gallego. ¿No le parece que el dolor sustituye a la palabra?

–En poesía la palabra es la que sustituye al dolor, único medio de que se vale el poeta para expresar todos sus sentimientos. Es posible que en ese verso y en el conjunto del libro haya una actitud quizá para algunos pesimista. Pero en este aspecto del pesimismo yo recuerdo mucho una frase de Albert Camus que dice que una filosofía pesimista no está reñida en el terreno de los hechos con una moral de coraje. Quiere decirse que el dolor y las preocupaciones que se acumulan en el libro que estamos citando, no niegan ni anulan el esfuerzo de superación que el hombre y el poeta conjuntamente desean hacer.

–En el año 1979 le conceden el Premio Nacional de Literatura por su obra «Igual que guantes grises». Se propone usted una indagación en la identidad de la persona. Véase una de las estrofas del poema «Soy un cuerpo». Dice usted: «...soy mi peligro, soy mi propio daño...». ¿Qué le lleva a hacer esta afirmación?

–Este verso corresponde a un poema que se titula, en efecto, «Soy un cuerpo». Es una actitud ante la realidad de la vida que responde, a mi manera de ver, en este momento, a algo que me parece absolutamente inseparable, que es la identidad del cuerpo y de la mente o lo que también se llama alma. Yo creo que son la misma cosa y no se puede hablar de «mi» cuerpo porque el hombre no es más que eso: un cuerpo donde hay también una mente. Y de ahí que todo lo que el hombre es, es al mismo tiempo su propio riesgo, su propio peligro, su propia salvación, su propia condena. Esto es, parto de la convicción, para mí, de que mente y materia no pueden separarse.

–Cuando ha terminado una obra, qué es lo más importante para usted, ¿su propia crítica o los críticos?

–Yo estimo mucho la crítica y creo que realiza una labor imprescindible en el mundo de la cultura. Eso no quiere decir que uno escriba un libro pensando en la crítica. De todas maneras el poeta es siempre crítico, quizá ningún escrito es tan crítico como el poeta que pone en crisis cada palabra que escribe de suerte que la crítica ejercida por el propio poeta resulte evidentemente lo fundamental.

–Usted, que se ha ocupado de la poesía social, ¿cómo la ve en este momento?

–La poesía social no es ni ha sido nunca una moda. En todo caso será un modo. Un modo de entender la vida. Es un sentimiento tan válido como cualquier otro, como el sentimiento amoroso, como el sentimiento religioso, como la emoción del paisaje...

No es más que el poeta hace suyo el dolor y la esperanza colectivos y, al asumirlos, los lleva al poema de una forma, como digo, tan legítima como desde cualquier otra emoción o desde cualquier otro sentimiento. Por otra parte, la poesía entiendo que es una respuesta. Es la respuesta que el poeta da a la multitud de suscitaciones que recibe del mundo exterior o del mundo interior. Y qué duda cabe que si esas suscitaciones son diferentes, la respuesta tiene que ser también distinta. Yo creo que la poesía social en cuanto a comunión del hombre con el acontecer de los demás hombres, no pasará nunca y siempre habrá quien esté preocupado por esos temas. Pero es evidente que la intensidad con que se escribió en una década de la vida española –entre los años 50 y 60– corresponde a que el mundo en que el poeta vivía le exigía una mayor preocupación.

–En su libro de recuerdos «Una muchacha mueve la cortina» prevalecen los poemas íntimos. Dice usted: «Una mujer vestida de esperanza/ y de sombra me dice que camine/ a su lado. La he visto tantas veces/ que se hacen familiares sus presencias...». ¿Cómo ve ahora a esa mujer que camina desde siempre a su lado?

–Qué duda cabe que la poesía social no es un tema único ni monocorde, el poeta no suele limitarse a una sola temática. Por tanto, en «Una muchacha mueve la cortina» prevalecen los temas íntimos, sobre todo del recuerdo y quizá lo que podríamos llamar existenciales. Creo que en ese punto de evocación emocionada de una serie de recuerdos, lo que prevalece ahí, y en general en casi todos mis libros, es la preocupación por la condición humana.

De ahí pasé a los temas sociales, pero también de ahí, de esa preocupación humana pasé en algunos libros a los temas que podríamos llamar existenciales. En la época que comencé a escribir fue la época en que se extendió y alcanzó gran predicamento en Europa la filosofía de la existencia (Sartre), por la que me interesé. La mujer que se ve en este libro es, por supuesto, simbólica. Se trata de simbolizar la vida en una mujer que nos acompaña siempre y que, parece que nos abandona, y que es más bella que fiel. Esta mujer probablemente va a convertirse en la terminación de esa misma vida: En la muerte, que para mí es la nada.

M.C.D. 2018